La fuerza del amor en la poesía de José Martí: álamo pasional que ardió en los montes sagrados de su existencia

Carlos A. Moreno M.¹

*Solo amor, amor del bueno, amor del que dura
a pesar de todo, un amor que los años no desgastan,
y no te miento, me gusta vivir en una tormenta,
vivir en el holocausto del amor,
me gusta arriesgar mi vida estando junto a ti*

Ivonne Sánchez, Colegio Calatrava (2013)

*El amor es la verdadera razón para
pelear, mientras no lo haya en nuestra lucha,
no seremos de la mejor capacidad moral
que arde en nosotros para dar.*

Lisabella

La pasión que impera en los versos de José Martí posee un significado profundo, sentimental y, por ende, difícil de percibir. Para interpretarla, es necesario saber que los pensamientos con más escenario en el desarrollo de su expresión poética ponen de presente el honor, la voluntad y la tierra americana. Estos aparecen constantemente

1 Licenciado en Filosofía y Lengua Castellana y magíster en Filosofía Latinoamericana de la Universidad Santo Tomás. Integrante del Grupo de Investigación Tlaminime sobre Ontología Latinoamericana y del SEMillero de MEtafísica y ONtología: SEMEyON.

en el conjunto de su poesía y, consecuentemente, exigen al intérprete formarse la imagen de una savia vital que está en función de conceptualizarlos, aprobarlos y tornarlos como el norte de convicción de Martí. Así, al respaldo de cada uno de estos pensamientos, hay un motivo que fundamenta tanto su sentido, como la intención misma de que sucedan en sus poemas. En efecto, este escrito tiene como apuesta de comprensión entender no solo el valor de algunos gestos vigorosos alrededor de los tres pensamientos en cuestión, sino principalmente, discurrir con propiedad y precisión sobre esa fuerza surtidora de sensibilidad y belleza que es su pasión, discernida como el amor que decidió su vida y su obra: «mi verso es de un verde claro / y de un carmín encendido» (Martí, 1985k, p. 25). Martí le da un carácter poético al amor, de un lado para otro, con su habilidad literaria; incluso, lo desarrolla con temas como la mujer, la familia, la muerte, y con trasfondos filosóficos, como la teología y la ontología: «yo amaba, amaba mucho: parecía / señor mi ser de los gallardos seres» (Martí, 2001f, p. 87). Por tanto, el amor visto como la fuerza misma de sus poesías es el objeto de estudio del presente capítulo.

Sus composiciones sobre el amor comprenden diferentes perspectivas. En los *Versos sencillos*, Martí refleja continuamente un coraje que lo fortifica para enfrentar los diversos conflictos con los que no estaba de acuerdo: el hambre, las penas, cuando los niños gimen y, especialmente, los momentos en que los hombres se postran renunciando a la solidez de su responsabilidad. La manera como retaba estas situaciones puede avistarse con resoluciones de tenacidad y dureza tanto para sí mismo, como hacia éstas mismas: «duermo en mi cama de roca»; «moriré de cara al sol»; «hay que subir los montes altos» (Martí, 1985m, p. 32). Cada uno de estos versos pronuncia la actitud de mano franca y combativa para empezar un debate contra el panorama negativo con el que insistentemente decidía contender. Este modo valeroso concertaba dentro de él la determinación para desafiar las adversidades que se le presentaban:

*¡Penas! ¿Quién osa decir
Que tengo yo penas? Luego,
Después del rayo, y del fuego,
Tendré tiempo de sufrir.*
(Martí, 1985m, p. 32)

La particular forma de hacer frente al sentimiento de desdicha por lo dura e ingrata que podía ser la superficie de su vida, hizo de José Martí un hombre muy comprometido con sus convicciones. En realidad, de ninguna manera pudo estar al unísono con aquellos factores de dolencia señalados. Terco y ansioso se mostró siempre para sortear su propio camino ante estos hechos, inclusive, en algunas cartas que enviaba a su madre comentaba: «mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar» (Martí, 1985b, p. 312). Pero ¿en qué consistía

esa búsqueda? Una mirada de orden político sobre *Nuestra América* muestra que su propósito estaba en asegurarles a los países latinoamericanos que no debían sentir vergüenza ni tampoco renegar de su ascendencia indígena, sino que, precisamente por el dolor que aún en su sangre, por el silencio de los indígenas que también es silencio impuesto, la tierra americana tiene el consentimiento histórico de sentir el más colosal orgullo, esto es, verse a sí misma como la tierra nativa de más grandeza. En una palabra, «el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural» (Martí, 2005, p. 34).

Esta búsqueda de una «América nueva», que no precisa ser elemento de análisis en este escrito, estaba determinada por su exigencia de vivir a una gran velocidad. La vida para Martí era movimiento y desplazamiento en cualquier circunstancia, puesto que siempre encontraba un motivo para desplegar la capacidad de su accionar. Más aún, la lectura de su poesía da la impresión de que no existió situación que lo condujera a deshacerse de esa fiereza de espíritu: «mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas» (Martí, 1985b, p. 313). De este modo, aunque pretendía que sus versos fueran presentados a través de formas llanas y sencillas, no consiguió dejar de transmitir el enardecimiento de sus emociones: «a veces ruge el mar, y revienta la ola» (Martí, 1985i, p. 18). Esta elevación de su ánimo proviene, en primera instancia, de un coraje literario que es capaz de arrojar en los versos preclaras agallas:

*Yo vengo de todas partes,
Y hacia todas partes voy:
Arte soy entre las artes,
En los montes, monte soy.*
(Martí, 1985j, p. 18)

Entre las razones más sobresalientes para que Martí se insertara a un denuedo de defensa, prevalece la relación que mantenía con el sufrimiento. En efecto, cuando se trataba de pensar en un tormento, no lo hacía a partir de una percepción sensible que aflorara condolencias por su suerte; por el contrario, convivía con las aflicciones de manera temeraria, pues consideraba que «la lengua se deshonorra con la queja» (Martí, 1985a, p. 310). Sus versos reflejaban un ánimo fortalecido a cada metro transitado. Aun en el límite de su resistencia ante la desolación, sus palabras apelan a simpatizar con la desolación misma: «sublimos dolores»; «yo prefiero la caricia / del aire fresco del monte»; «la alfombra es puro helecho»; «éste, es un yugo: quien lo acepta, goza [...] Dame el yugo» (Martí, 1985h, p. 47). Donde más se compenetró con la necesidad de tolerar y aprobar las contrariedades fue en el monte, ya que siempre lo reconoció como su santuario. En dos estrofas de los *Versos sencillos* rehúsa del obispo de España de la época con el fin de hacer valer su propia causa emancipadora y su incansable admiración por el monte:

*Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!*

[...]

*¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!*

(Martí, 1985k, p. 24)

No puede confundirse su coraje con una postura de víctima que anhela estar en situaciones penosas para justificar el vacío de su existencia. El trayecto de la poesía de José Martí no corresponde con quienes estuvieron alejados de dar un significado a los sucesos que las jornadas diarias les traían a sus vidas y, por ende, no proyectaron protagonismo alguno en sus decisiones y ocupaciones e hicieron de su tiempo la constitución misma de la amargura. Invirtiendo el sentido de esta imagen de consternación, los poemas muestran un sentimiento de grandeza en el esfuerzo y en la personalidad que afronta cada escenario. Es muy complejo conseguir una respuesta sobre si en otro contexto histórico de más calma y mayor fraternidad, Martí habría acordado otro talante; pero esta complejidad es un asunto que carece de relevancia, además de desvirtuar la realidad de su vida con cuestiones ambiguas que le otorgan más valor a la añoranza y a la influencia histórica que a la voluntad y al entusiasmo de vivir los momentos. Desde mi punto de vista, la versión de la vida con la que el ser humano queda satisfecho disiente de la espera de ilusiones mejores o de renunciar al destino; lloriquear sobre la leche derramada es desdeñar las posibilidades efectivas que se combinan en el ahora y de cómo éstas nos enseñan a estar siempre dispuestos a ser más completos en lo que podemos brindar.

Martí se consideraba, en el momento de escribir, como un «buque formidable» o como un animal de gran tamaño que remueve los terrenos con el instrumento de su espíritu: «¡pero el buey no ara con el arpa de David, que quería sonora la tierra, sino con el arado, que no es lira!» (Martí, 1985f, p. 50). Así mismo, consideró que la categoría de monte debía ser llevada a su composición poética, es decir, dejar volar las visiones entre sus versos debía hacerse con la misma medición de entrega que confería a los valles y a las montañas. En los *Versos libres* resaltó: «van escritos, no en tinta de academia, sino en mi propia sangre» (Martí, 1985g, p. 38). Su mano franca lo llevó a enfrentarse con el «mar en furia» a través del mismo guión, ya que monte y verso fueron asimilados con el mismo carácter enérgico de su arte:

*Si ves un monte de espumas,
Es mi verso lo que ves:
Mi verso es un monte, y es
Un abanico de plumas.*

[...]

*Mi verso al valiente agrada,
Mi verso, breve, y sincero,
Es del vigor del acero
Con que funde la espada.*
(Martí, 1985l, p. 25).

Ahora bien, el coraje que José Martí no transa con nada y por nada dentro su exploración política y artística, se hace creciente no tanto en las ansias de modelar su vida según sus propias convicciones o de estimar insustituible el servicio a su propio deber. En realidad, lo que vuelve al monte un amparo a sus sacrificios y promesas es el amor que siente de un carmín encendido capaz de hacer que del asidero de la espada salga un rosal silvestre: «mi verso es como un puñal / que por el puño echa flor» (Martí, 1985l, p. 25); entonces, ¿cuál es la relación existente entre la escritura, el monte y el amor? En medio de sus aguerridas expresiones hay una dulzura que más que espíritu combativo y fiereza, su sonoridad es mística y afable: «se puede, / con el poder del cariño, / hacer un cielo» (Martí, 1985n, p. 33). En efecto, el amor que salta a la vista en su poesía es surtidor del puñal, pero también de la flor. Sus versos hablan de «sublimes dolores» y, a su vez, de «paciencia divina» motivados por la fuerza excelsa de este sentimiento; el amor se manifiesta, entonces, como el verdadero contento de sus propósitos.

Respecto del carácter de su escritura, el poeta afirma: «así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico» (Martí, 1985g, p. 38). La manera como vincula sus sentimientos con su composición artística permite vislumbrar dicha fortaleza excelsa, capaz de embellecer las letras con la emoción de su entrega. Es así que luego de expresar su amor por el verso difícil de preparar, afirma que el amor ha salido de él por el trabajo *bovino* que le ha costado escribirlo. Así pues, el verso es

Vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo, y al envainarla en el Sol, se rompe en alas. (Martí, 1985g, p. 38)

¿Memoria de un guerrero que va camino al cielo?, sí, esa es la impresión suscitada en sus intérpretes: En definitiva, la experiencia de leer estas poesías no deja para

el recuerdo las metáforas universales del corazón artificial que entre figuraciones aparatosas quiere decir te amo. En este caso, los lugares que se hacen comunes entre las letras que se escriben son la sangre brotada de su tinta espiritual, las lágrimas a raudales de sus ojos y la herida plácida e inefable de su amor. José Martí, quien se denominó a sí mismo un valeroso marino, escribe con el mismo empeño que determinó su decisión de mudarse al monte.

Así pues, en una carta a su hermana Amelia, es posible reconocer nuevamente su actitud decisiva sobre la ley de los acontecimientos: «ando como piloto de mí mismo, haciendo frente a todos los vientos de la vida, y sacando a flote un noble y hermoso barco, tan trabajado ya de viajar, que va haciendo agua» (Martí, 1985e. p. 307). Martí estaba convencido de que solamente a través de un trabajo tan esmerado que, al dejarlo solo, aún sigue aproximándose al triunfo, es posible el cumplimiento de los mayores anhelos. Además, en esa misma carta se reflejan sus ganas de intervenir, de dar de sí, de sentir valorización constata cada vez que la fuerza de su corazón lo acompañaba. Cuando le habla a Amelia sobre su padre pueden entenderse las palabras de Nietzsche sobre la *maestría de la bondad*: «es más difícil dar bien que tomar bien» (Nietzsche, 2008, p. 363). En efecto, brindar cariño es difícil no solo por la consideración de que los otros lo puedan recibir con la idea de que se trata únicamente de la satisfacción individual por parte de quienes lo ofrecen, sino que es igualmente problemático, debido a que para proporcionar actos de buena voluntad, es necesario no reparar en las faltas constantes que muestran los demás.

Su padre era presentado en sus versos como un anciano lleno de caprichos. La edad ofrece al hombre, en algunas ocasiones, poca capacidad para refrescar el ánimo y las percepciones, con el fin de sintonizar con lo que le rodea. Cuando el hombre pierde su espíritu juvenil y, en consecuencia, se separa de sus posibilidades de acertar en el trato y comprender los significados de los sondeos personales de quienes bordean su espacio; cuando la primavera humana se quebranta, de pronto es como si la adhesión a sus demandas se tornara una orden, una obligación, una suerte de yugo: comportamientos muy alejados del entusiasmo y la buena voluntad. Así le sucedía al padre de José Martí, no obstante, la comprensión inconmensurable y la tendencia a apreciarlo eran firmes en el poeta.

Él veía a su papá de forma diferente. Tanto Nietzsche como Jorge Valdano pueden darnos una explicación del modo distinto como Martí entiende a su progenitor, pese a las arbitrariedades de su vejez. El primero establece en su obra *Más allá del bien y del mal* que ciertamente para poder amar a los demás, para brindarles lo más dulce y, con ello, lo mejor que existe en nosotros, debemos ir siempre más allá del bien y del mal; hacerlo por amor implica entonces darle respeto a lo que moralmente no lo merece, cederle caridad a lo que la mayoría juzgaría como raro e indeseado, enamorarse de lo más inaudito. En cuanto a Valdano, en su libro *Los once poderes del líder*, plantea que el enemigo a combatir, para comprometerse en la evolución de alguna tarea, es la indolencia. No ser indolente es una máxima para que en nosotros se despierte esa ternura ante los más distanciados merecedores de nuestro afecto.

No debe interpretarse en el caso de Nietzsche ni en el de Valdano que hay una anulación del malestar que ocasiona el otro y, así, ciego ante su incómodo aspecto, se consigue tolerarlo. En realidad, amar por encima de lo bueno y lo malo, hacerle frente a la indolencia también denominada *catástrofe cotidiana*, significa que se es capaz de, en medio de los sobresaltos que provocan los ancianos, apreciarlos con sinceridad. Esta es la razón por la cual es mucho más complicado dar bien que tomarlo, puesto que al recibirlo, el placer de poseer lo nuevo que nos es brindado, maravilla nuestra sensación de gratitud y se taponan los recuerdos acres o desagradables de los individuos. En cambio, ¿cómo poder dar bondad cuando en nuestro mirar se encuentran precisamente aquellas irritables impresiones que nos generan los que se encargarán de recibirla? Amante de lo más difícil, José Martí sintió predilección por otorgar a su padre la referencia de su cariño, y ver, en medio de sus necesidades, un hombre de altísima admiración. Así pues, en la nombrada carta a su hermana señala:

[...] A papá que te explique esto, que él es un valeroso marino. –Tú no sabes, Amelia mía, toda la veneración y respeto ternísimo que merece nuestro padre. Allí donde lo ves, lleno de vejeces y caprichos, es un hombre de una virtud extraordinaria. Ahora que vivo, ahora sé todo el valor de su energía y todos los raros y excelsos méritos de su naturaleza pura y franca. Piensa en lo que te digo. No se paren en detalles, hechos para ojos pequeños. Ese anciano es una magnífica figura. Endúlcele la vida. Sonrían de sus vejeces. Él nunca ha sido viejo para amar. (Martí, 1985e, p. 307)

Un fruto de madurez logró en José Martí que comprendiera más de cerca qué pasaba con su padre en los momentos cuando menos se hacía querer, *ahora que vivo*, son palabras con una fuerza reluciente que teje dos vertientes: la primera consiste en una cierta clemencia hacia sí mismo, pues identifica su propia lucha y todas las penas y cosas buenas del proceso de su destino con el mismo camino que recorrió su papá. Ahora que lo vive, sabe cuál fue el trayecto por el que anduvo el anciano que ama y, por ende, está dispuesto a venerarlo y respetarlo. La segunda se torna desafiante y exigente para los otros –específicamente su hermana–. Al decirle que vive lo que en el viejo habitó, insta a Amelia a seguir la visión de su hermano. De alguna forma, ella no capta la virtud extraordinaria de su padre, ya que no ha sido atraída a la costumbre de vida que en él ocurrió. Por el contrario, José Martí está seguro de que reconoce el valor de la energía y de los méritos que se hallaban en su papá, pues son prácticamente los mismos que ahora se depositan en su existencia.

A propósito de la metáfora de su propia vida alrededor de ser el piloto de un hermoso y noble barco, es posible mostrar una relación entre ésta y la denominación “valeroso marino” con la que describió a su padre. Así, cuando parecía que su carta a Amelia estaba a punto de terminar, advirtió que esta no finalizaría allí: «no creas que aquí acabo mi carta» (Martí, 1985e, p. 307), pues aún faltaba declarar sus sentimientos a la persona que le dio la vida. En efecto, para él no es un anciano

común que puede ser observado por la facilidad de los que se fijan en los detalles inmediatos; disintiendo con esta posición, lo considera de excelsos méritos y también de naturaleza pura y franca. Pero ¿qué hacer entonces con los repetidos defectos que deterioran su imagen? Nietzsche, hablando acerca de su alma, considera que la sobrebondad que la caracteriza le hace preferir sonreír a desahogar su sufrimiento (Nietzsche, 2008, p. 312). De manera similar lo expresa Martí: cuando lleguen los inoportunos detalles, entonces ríen de estos, «sonrían de sus vejez» (Martí, 1985e, p. 307), endulcen su vida que después de todo no es tan viejo, ya que aún tiene tiempo para amar y ser amado.

La última parte de esta carta presenta el aprecio inmenso que siente por su hermana. Ciertamente, Martí es seducido y se tambalea cual embriagado por las sonoridades y composiciones difíciles; sin embargo, pese a su gusto por los escritos trabajados arduamente, decide anteponer a estos la alegría que le generan las letras provenientes de Amelia, es decir, en este caso, pierde para él importancia tal rigurosidad que ella pudiera producir en este arte, puesto que su principal deseo es simplemente recibir de ella unos cuantos trazos de su propia pluma al enviarle un saludo. «Escríbeme sin tasa y sin estudio, que yo no soy tu censor ni tu examinador, sino tu hermano» (Martí, 1985e, p. 307). La familia tiene la fuerza de dominar, en el poeta, corazón y manos, ya que sobrepasa la primacía que siente por la delicada destreza de escribir. Cuando se trataba solamente de encarar la escritura, su ambición se distinguía por un perfeccionismo que reconoce los códigos y las leyes de las cosas más altas. Pero si debía escoger, si tenía que preguntarse qué lo hacía más feliz, su respuesta no coincidía con la consagración a componer con la máxima exigencia.

La idea de escribir, de acuerdo con las prescripciones de este arte, Nietzsche la comprendió a través del término *sangre*: «de todo lo escrito, yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre. Escribe tú con sangre: y te darás cuenta que la sangre es espíritu» (Nietzsche, 2008, p. 73). Así pues, buscar dominar este arte no tiene solamente el propósito propio de la simpatía por un compromiso institucional, es decir, que los lectores comprendan claramente el mensaje transmitido; o bien, con una satisfacción personal en tanto que se construye unas habilidades ejemplares en virtud de fortificar una concepción de talento. En efecto, *sangre* significa un alto contrafuerte con ambas nociones, ya que se trata de una sensación de libertad, esto es, la escritura comprometida y laboriosa se convierte en protectora y auxilio de la alegría de corazón que experimenta el hombre libre. Invocar el honor sobre las manos que escriben hace que el escritor se libere de la doctrina dogmática y de la inteligencia aburguesada y, simplemente, se postre a escribir, porque al hacerlo encuentra a raudales emoción en su corazón. Escribir con sangre es espíritu, porque es capaz de liberarse de la pesadez de los elogios, de las recompensas, del disfraz del éxito, inclusive de la práctica de la ley o el protocolo de la redacción y, de esta manera, se hace posible vivir el regocijo y la corona de júbilo que da el gozo y la belleza de la escritura.

José Martí encuentra un poder superior a esta sensación estética en el encanto de recibir una carta de su hermana: «un pliego de letra desordenada y renglones mal hechos, donde yo sienta palpitar tu corazón y te oiga hablar sin reparos ni miedos –me parecerá más bella que una carta esmerada, escrita con el temor de parecerme mal» (Martí, 1985e, p. 308). Si bien hay dos fuerzas del amor en este escenario, la primera originada por la vocación y el instinto de hacer lo que más gusta, y la segunda motivada por el deseo de ver expresado el cariño de un familiar, se puede ver que esta última posee más repercusión en el poeta. De este modo, se le atribuye más condescendencia y agrado a una carta que surja del sentimiento genuino de la escritora, que a su capacidad de extender los conocimientos formales de esta composición. No tiene relevancia que esté desordenada e incluso no se refleje el esfuerzo consignado en la elaboración de la misma, pues lo más notable y apreciable es que palpite su corazón al escribirla. Acerca de este anhelo el autor dice: «el cariño es la más elocuente de todas las gramáticas. Di ¡ternura! Y ya eres una mujer elocuentísima» (Martí, 1985e, p. 308); un significado del amor poco corriente para un escritor que se esfuerza tanto en el estilo de sus propios versos.

Este tipo de amor encuentra su sentido más cercano en el elemento griego *philia*. En un texto de gran empatía en sus conceptos y análisis para la interpretación que deseo hacer de la poesía de Martí, Luc Ferry explica que existe en el hombre un deseo enérgico y prácticamente luminoso cuando se halla de frente con la persona que quiere. La presencia del ser amado genera dicha, pues hace sentir que la vida es buena y, además, que el camino está lleno de orquídeas. No precisamente la adoración de Martí por acoger un regalo de su hermana radica en que aún no lo ha incluido en sus bienes y, por tanto, debido a esas ganas de obtenerlo surjan expectativas y deseos por éste. En realidad, la alegría de Martí versa en tener la carta en sus manos más que en la promesa de que llegará. Por eso se trata de *philia* y no de otro tipo de amor cuya naturaleza es carecer, como ocurre con la comprensión de *eros*. Además, la última línea de la carta en cuestión dice que no tarde ella en enviar su abrazo, es decir, en escribirle.

Philia es el sentimiento que tenemos cuando nos cruzamos en la calle con alguien a quien queremos, pero que no hemos visto desde hace mucho. Entonces nos viene a los labios una sonrisa previa a cualquier tipo de cálculo racional: es un acto reflejo más que una reflexión. *Philia* es la alegría que nos da la simple existencia del otro. Es la alegría sin ningún motivo, por decirlo así, o en todo caso sin más motivo que la existencia y la presencia del ser amado. Y por tanto es una forma de amor *gratuito*, pues está exento de cualquier cálculo [...] se alegra esencialmente de la presencia. (Ferry, 2013, p. 59)

El 15 de mayo de 1894, ese amor gratuito del que habla Ferry aparece más fortificado en una carta que José Martí le dirige a su madre. ¿Un amor más fortalecido?:

«mientras haya obra que hacer, un hombre entero no tiene derecho a reposar» (Martí, 1985b, p. 312). Las palabras que contiene ese texto, por una parte, vivifican el poder de entregarse al deber que experimenta constantemente su autor; por otra, presentan la alegría que siente por saber que su familia lee sus escritos. Martí idealiza en este escrito la posibilidad de tener cerca a su familia, por ejemplo, al referirse a las mujeres especialmente, expresa: «yo no ceso de verlas un instante» (Martí, 1985b, p. 314). Lejos de poder mantener una relación sensible con ellas, delira por el afán de su presencia y exclama que de cualquier manera no las pierde de vista ni un segundo. Escribirle a su mamá es un momento que no tiene contabilidad en su provecho, inclusive no está muy seguro si son palabras lo que desea transmitirle con su texto: «a usted, madre mía, ni una palabra. La quiero y la sufro demasiado para eso. Toda la verdad y la tristeza de su hijo» (Martí, 1985b, p. 314). Y siempre el mismo motivo de querer verlas y conservarlas con él, por ello, en la espera de que le enviaran alguna carta a Tampa, lugar donde iba a estar, les dice: «y que me escribiesen sin pena, como si me estuviesen viendo todos los días» (Martí, 1985b, p. 314).

La fortaleza de su amor es la que conduce a José Martí a seguir adelante pese a las adversidades de su destino. Las dificultades no lo llevaron a cuantificar qué tan desdichada era su vida, sino por un extraño mecanismo de belleza interior, estas lo reconfortaban y lo hacían más terco y más ansioso con sus anhelos. Se trata de un sentimiento que lo hacía sentir entero para vivir con un espíritu de pelea: «preste cada hombre, sin que nadie lo regañe, el servicio que lleva en sí» (Martí, 1985b, p. 314). Y, en efecto, esa es la melodía de sus versos: un combate lleno para el servicio. «Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él, para iluminar alrededor» (Martí, 1985b, p. 314). La valentía es una característica de esta poesía. El coraje para decir que desea fundir su luz en virtud de la iluminación de su entorno, muestra la generosidad que lo movía a ponerse a prueba con sus deberes.

¿Una generosidad lo impulsaba? José Martí entendía que su vida estaba tejida principalmente del deseo de ayudar a los otros con las armas de sus propósitos. El sueño de su vida era dar todo lo que tenía a su alcance sin pensar en la piedad y en la limpieza con respecto a sí mismo. No obstante, aunque reconociera lo que tenía que hacer –«El deber de un hombre está allí donde es más útil» (Martí, 1985c, p. 315)–, no se podía explicar por qué su vida se asimilaba a la ola que va y viene y no se detiene como lo expresa la canción *La ola y la espuma* del Gran Combo de Puerto Rico: una ola que no quiere ser espuma porque al llegar a la orilla se deshace como quienes encuentran un puerto seguro y cómodo y ya no tienen ánimo de luchar.

«¿Por qué nací de Ud. con una vida que ama el sacrificio?» (Martí, 1985c, p. 315). Es una pregunta que alerta no una inquietud, sino una confusión aterradora para un hombre que agoniza por no saber qué sucede dentro de su cuerpo para que batalle con tanto ahínco. Así, ese misterioso motor que lo hace dar más y más es la búsqueda de este texto por interpretarlo a la luz de la fuerza del amor. El amor es

profundo, como la felicidad o la infelicidad. Es experiencia estética, como la lucha y el esfuerzo. Es inmanente, como la belleza y la risa. Es encantador, como la ligereza y la simplicidad. Es recóndito, como la ley de atracción y la fuerza de convicción. Martí es un ejemplo de un poeta que se dispone a amar. María Mantilla, su hija, fue designación recia para albergar su cariño. En efecto, en una carta de esperanza viva por no sentirla a la distancia, le escribe: «es grande, amor; pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento, y respeto» (Martí, 1985d, p. 316). Para sustentar filosóficamente este modo de amar, y trascender un poco la concepción dada sobre *philia*, es significativo plantear desde Luc Ferry que el amor

No es un principio abstracto, una ilusión idealista, un valor que cae de un cielo cósmico o divino, sino una experiencia vivida, incluso la más inmanente y la más espontánea que existe: el amor, como la belleza, se impone a nosotros como una especie de trascendencia y sin embargo esa trascendencia que en el amor me hace «salir de mí», de mi egocentrismo, se manifiesta directamente en la intimidad más secreta, en la inmanencia más radical de mi subjetividad sensible. (Ferry, 2013, p. 81).

De este modo, se comprende que el brioso amor que trasfirió en sus cartas, tanto a su madre como a su hija y hermana, no hace parte de una reflexión metafísica o de entidades ontológicas que entran en debate con los martillazos de Nietzsche o con el peso del pensamiento de Estanislao Zuleta. Lejos de esos proyectos encandilados por el más allá, el amor visto en los montes sagrados de Martí es una experiencia de la alteridad, pero también de la práctica del corazón humano, por mencionar el órgano de más escenario en la declaración de este sentimiento. Ciertamente Martí lo vive como lo más inmanente posible; no obstante, hay una fuerza bella que inunda la vivencia y, por ende, hace sentir al argumento más racional, es decir, el de corte científico, como una razón débil y de poca justificación interpretativa.

¿Una fuerza bella? ¿La belleza de la fortaleza? José Martí establece un tipo de amor tan fuerte que da ilusión de triunfo a la trascendencia. Así pasa con los artistas: ante los callejones sin salida que dejan otras disciplinas humanas, ellos crean nuevos trayectos dionisiacos y apolíneos a la vez. Por ejemplo, es de ellos afirmar que la cópula no es solamente una unión biológica, sino también un gesto espiritual, un placer privilegiado, una consumación de ideales, un sentido definitivo, una expresión de belleza; de ahí que Nietzsche considere que la vida puede ser justificada con mayor horizonte de forma estética. Por consiguiente, brota un momento de amor que le permite hacer lucir las palabras que conforman su poesía. «Versos esperas tú que te anunciaba / allá por la pasada noche-buena: / En el revuelto mar de mis papeles» (Martí, 2001i, p. 10). Estos versos perdidos entre muchos papeles, buscados con afán desesperado, estaban comprometidos con Ana, su *hermanita*. Realmente, José Martí se une y no se separa de su familia y aún más, hace vibrar su corazón cuando para ellos compone sus poemas...

*Linda hermanita mía:
 Feliz es el momento en que recibo
 Carta tuya; feliz es este día
 Porque en ti pienso y de mi amor te escribo.
 [...]
 No se sabe posar la paz serena
 Y, pues soy doncel, obro sin pena
 Como obran desde antaño los donceles:
 Escribo, guardo, pierdo,
 Te quiero mucho, y luego me perdonas,
 Y, si a mi loco juicio, fuera cuerdo
 Pensar un triste ornarse con coronas,
 Las más bellas serían
 Las que tus lindas manos me darían,
 Los más consoladores tus laureles
 Al perdonarme por haber perdido
 El más bello papel de mis papeles.
 (Martí, 2001i, p. 10)*

Es tanto el celo con el que plasma los sentimientos a su familia, que el amor sin medida denominado *philia* entra en consonancia con otra manera griega de amar más difícil y que vence todas las tradiciones posibles. Pero antes de mencionarla, vale decir que André Comte-Sponville propone tres preguntas alrededor de este concepto griego que deseo exponer y analizar a propósito del poema citado: «¿cómo podríamos echar de menos lo que tenemos? [...] ¿Cómo podríamos continuar idolatrando aquel o aquella que conocemos tan bien? ¿Cómo podríamos soñar lo real?» (Comte-Sponville, 2005, p. 264). Pese a los límites que tengo con respecto a la misma lucidez que tiene dicho pensador francés acerca de este tema, es posible decir que la felicidad producida por la carta de Ana se desarrolla cuando Martí la tiene en sus manos y la lee abiertamente, y no en la espera de que ésta llegue, es decir, aprecia la carta por lo que ésta es, no por lo que no es. La forma en que tradicionalmente se manifiesta el amor, por ejemplo, en una pareja, consiste en amar aquello que no es, o bien, en la idealización que hacemos del objeto amado. Se ama a él/ella por aquellas características que no le conocemos, ya que sólo de enterarnos que existen, viene la inevitable desilusión.

José Martí no ama lo deseado o lo soñado, sino lo real: la efectiva posibilidad en contexto; y debido a ese amor, hace que lo amado en cuestión se torne dichoso y no se extrañe el hecho de no tenerlo. El mecanismo que se debe tener en cuenta para

reconocer que se puede echar de menos lo que se adquiere, consiste en valorar y admirar la singularidad y lo poco común del individuo o la condición material del momento. ¿Valorar y admirar lo que se posee? Dice el poema: «las más bellas serían / las que tus lindas manos me darían» (Martí, 2001i, p. 10). Si bien el ser humano es un ser vivo que tras un placer busca otro nuevo, y así va consumiendo la atracción por sus amores; de pronto, como lo hace Martí, el hombre decide superar su instinto de destrucción y darle un destino jerárquico y selectivo a sus gustos y a los amores con los que quiere quedarse.

Así, aunque no tiene la certeza de que las *coronas* de Ana serán mejores que otras, está encantado y seducido porque sea Ana quien las haga y no otra persona. Lo mismo hay que señalar cuando se expresa: «[...] por ser tuyo, hubiera sido / el más bello papel de mis papeles» (Martí, 2001i, p. 10). Realmente, el esplendor de estos papeles no consiste en la propiedad de su poesía, sino en su destinatario. Por lo tanto, el ser humano es capaz de convenir el destinatario de su amor de forma perdurable, pues el respeto, la valoración y la admiración que provocan en él son inmensas y, producto de estas, siente que es un hecho maravilloso brindarle sus letras de amor.

El poeta idolatra a su familia a pesar de conocerla tan bien, e incluso pide que le escriban como si lo estuvieran viendo todos los días, pues siente una atracción altísima y casi incomparable hacia ésta. Y de la misma manera que no le da importancia al modo como Amelia y Ana escriben para él, tampoco repara en el rigor de la presentación de sus versos dedicados a ellas, puesto que componerlos, según lo indica su corazón y no la norma, hacen que tengan más virtud en su pensamiento: «Ana mía, –Perdona si mis versos son malos. –Así brotan de mí en este momento. Yo no corregiría nunca lo que escribiera para ti» (Martí, 2001i, p. 10). De esta forma, José Martí escribe del amor que siente (“de mi amor te escribo”) y su sistema es hacerlo amorosamente. Escribir para José Martí es pensar en aquellos que lo leerán, pero no en función del resultado con el que evaluarán la excelencia o uno de sus trabajos, sino que los piensa como el objeto de su propia inspiración.

Ahora bien, justificar el amor de Martí de acuerdo con los preceptos de *philia*, me ha conducido a afirmar que el poeta puede amar a su familia sin los reveses que pueden significar conocerla hondamente o contar con ésta continuamente. En efecto, querer estar en compañía de su familia presenta la posibilidad de superar la sensación gratamente humana que es echar de menos cuando no están juntos, bajo la perspectiva de que estar unidos implica la pérdida del deseo y, por ende, la incapacidad para extrañarse; no obstante, no está en este argumento afirmar que José Martí se aleja en el conjunto de su obra poética de la comprensión nietzscheana del amor entendido como deseo de posesión, pero por lo menos esa imagen de codicia que afirma el pensador alemán no tiene tanto grado y escenario en el desarrollo efectivo del sentimiento que siente el poeta por su hija María Mantilla y por sus padres Leonor Antonia y Mariano de los Santos Martí.

Ahora, el poema “Ni la enamoro yo para esta vida” prueba que Martí también concede espacio a ese tipo de amor que es sumamente ávido con relación al deseo por el objeto amado. Nietzsche comprendió con cierta claridad que el hombre por lo general «llama “amor” al deseo que en él ha despertado la nueva posesión, y goza allí como si le llamara una nueva conquista» (Nietzsche, 2011, p. 596). El deseo de novedad genera un placer enorme entre los seres humanos, así que buscar hacerse dueño de ese nuevo botín conlleva pasión, ganas, un instinto exasperado y un excesivo antojo que no se cansa hasta que lo consigue. Entonces, cuando aquello que se anhelaba con tanta insistencia es obtenido después de todo, se calma el deseo hasta el punto de llegar a consumirse, puesto que el objeto de la posesión desmerece por el hecho de ser poseído. En efecto, «progresivamente nos cansamos de lo viejo, de lo que ya seguramente se ha poseído, y extendemos de nuevo nuestras manos: incluso el más bello paisaje en el que vivimos tres meses no puede ya confiar en nuestro amor, pues cualquier costa más lejana excita nuestra avidez» (Nietzsche, 2011, p. 596). Así, ese querer de continuo poseer y poseer, aun pagando el precio de no conseguirlo para que el placer no se desaparezca, es la sensibilidad que se esclarece en este poema:

*Fácil: mortal. –El punto más amado
Entre los puntos que el amor encierra
Es lo imposible, ¡el fuego aún no apagado
De este mi corazón opreso en tierra!*

*Mujeres: –cuando el labio–
Trémulo y rojo y suspendiendo un beso,
En perdón de una culpa o de un agravio
A punto esté de parecer impreso; –
Aunque el alma con llanto lo pedía,
Aunque enrojeczan los ojos,
Que lloren –¡oh poesía!–
¿A qué trocar el oro por despojos?
¡Beso no dado, es beso todavía!*

*¡Colgadlo, suspendedlo!
Haced, –¡oh bien! –que sobre el labio vague
Pero nunca lo deis! Oh criaturas
Del homicida amor! –¡que nunca apague
El débil resonar de un beso dado
El ruido celestial de uno esperado!–*

Esperar es vivir; tener es muerte. –
Verte es amor ¡oh dueña de mi vida!
Pero, ¡más fuera amor no poder verte! –
Debilísimo sol, la ansia cumplida–.
(Martí, 2001k, p. 65)

“Ni la enamoro yo para esta vida” es un elogio al amor imposible que se desenvuelve en las relaciones de pareja. Gracias a que el amor no hace parte de la estructura de los posibles, el fuego del deseo no se extingue. José Martí pensaba que las ansias se agotaban cuando la dificultad de conquistar a otra persona se vencía, así que prefería no vencerla. Este es el significado de su consideración sobre que era mejor quedarse con el oro que irlo a cambiar por despojos. Desear seducir a una mujer, según el poema, es más grandioso que enamorarla realmente. El deseo o la espera es lo estupendo y excelso, por el contrario, volver real esta esperanza es algo frívolo e insignificante. Cuando se pone de manifiesto el sentido del beso, puede verse con mayor franqueza la elección del poeta para que ese acto nunca pase, pues supone más furor en el beso esperado que en el dado. Incluso denomina *ruido celestial* a las aproximaciones de la promesa de que se besarán. «¡Qué beso tan cumplido / un beso largo tiempo prometido!» (Martí, 2001k, p. 65).

Si bien es cierto que Martí por amar el deseo de besar rechaza la posibilidad de realidad del beso, también se debe tener en cuenta que no hay ingenuidad en su obrar amoroso. Ciertamente, volver propiedad ese beso apaga, de alguna manera, el anhelo por conseguirlo y, aunque se niega a probar verdaderamente los labios de su cortejada, la sensación idealizada lo hace sentirse vivo y gallardo. Es más, comprende que el rayo de su sol se haría débil cuando la promesa proveniente de la boca de su amada sea cumplida. Se siente pleno precisamente porque no ha adquirido lo que lo motiva a esforzarse, a soñar y a desear. Si lo tuviera, sería como matar estas sensaciones que vivifican su existir: «¿qué significa cansarse de una posesión?: cansarse de uno mismo» (Nietzsche, 2011, p. 596).

En esta concepción que gusta de la fantasía y la idealización, el deseo o la espera son la dimensión de la vida y, en cambio, encarar lo real y arremeter con la experiencia es como morir, como vivir en la vergüenza y marchitar el destino. Seguramente será el mismo Nietzsche quien llame cobarde y ansiosa esta manera de querer del poeta, pues ante todo ideal siempre dispuso anteponer una forma humana; pero sin entrar en la dureza de acordar quién tuvo una comprensión más provechosa de este amor, el deseo ardiente de Martí por dejar ir a su mujer con el fin de adorar su memoria y no su cuerpo, tiende no solo a ser enemigo del dolor y los efectos que produce vivir, sino también consiste en amar el deleite de los sueños: «y, acaso, ¿quién sostiene que aquello que se sueña, no se tiene?» (Martí, 2001k, p. 66).

Fue mi intención comprender, en el desarrollo de este escrito, el poema “Ni la enamoro yo para esta vida”, para mostrar que en los montes del amor de Martí existe

la codicia como un ejemplo de su propio pronunciamiento humano. Sin embargo, líneas atrás, había señalado que la *philia* también era una forma ejemplar de su testimonio amoroso y, así mismo, se dejó anunciado que hay todavía un amor de más fortaleza entre su poesía. ¿Un amor más poderoso? Se trata de una naturaleza sentimental que levanta a los hombres de la sumisión más difícil que existe: el deseo sobre sí mismo y para sí mismo.

Al penetrar con la mirada en sus versos combatientes, por ejemplo: «hierve al clamor de gloria y de venganza», «desnude al fin la espada vengadora», «¡a luchar! ¡A luchar! Que allá en el monte / el Dios de la esperanza nos sonríe», «indomables guerreros», «¡corred!, ¡Luchad! ¡Venced!» (Martí, 2001g, p. 21); se retiene la posibilidad de sentir en ellos el alma entera de un enérgico batallador capaz de destrozarse cualquier obstáculo que se le presente. No obstante, ante el exuberante desafío que se propone, también sus versos manifiestan su encanto y avaricia por este duro destino. En un poema denominado “¡Dolor! ¡Dolor! Eterna vida mía”, se percibe que si bien su lucha está pensada para otros (“saltar su corazón entre cadenas”), existe un goce personal que igualmente ilumina su pelea:

¡Dolor! ¡Dolor! Eterna vida mía,

[...]

Hoguera del deseo:–

Yo, –embriagado en mis penas, – me devoro

Y sus miserias lloro,

Y buitres de mí mismo, me levanto,

Y me hiero y me curo con mi canto,

Buitre a la vez que altivo Prometeo.

(Martí, 2001e, p. 23)

Tener en cuenta que para José Martí *no fue bastante el mundo*, hace comprender por una parte, que pasó por bélicas confrontaciones y combates y, por otra, que el dolor era de los azares de la vida que más atractivo le parecía: «alcen en vuestro pecho los dolores / ¿Por qué gemís dolor a mi memoria, / si es mi dolor mi suspirada gloria?» (Martí, 2001p, p. 24). En efecto, su lucha determinó, en alguna medida, una satisfacción por lo que hacía en el sentido más propio de su obrar. De esta manera, puede decirse algo similar de su forma de superar la rigurosidad de la escritura, en tanto que la exigencia demandada a su familia como a él mismo disminuía con el propósito de aumentar el cariño que se tiene con sus seres queridos; pero solo hasta cierto punto esta dimensión de adhesión a los otros regía su voluntad, antes bien, el clamor por recibir una carta de su madre o hermana también surgía al disfrutar en su cuerpo el hecho de leerla.

En cierto modo, ese anhelo de permitir a los demás un tono apacible a costa de su propia lucha, estaba entrelazado con el arenal agrado de enfrentar una batalla:

«con mis espinas me coronó» (Martí, 2001p, p. 25). No obstante, los cantos de este poeta generan la sensación de que entre su esfuerzo en batalla hay un entusiasmo superior al deleite de combatir. ¿Entusiasmo superior, acaso un delirio? El otro tipo de amor que demuestra que los individuos no se bastan a sí mismos, sino que emerge una distancia entre lo que buscan para ellos y lo que quieren dar a los demás, dando una predilección ejemplar por el segundo efecto, es el amor cuyo elemento griego es denominado *ágape*. Así, en esta parte del texto, buscaré justificar cómo la poesía de Martí extiende sus versos sobre este sentimiento, puesto que a través de estos se expresa una decisiva disposición para amar de esta manera.

El *ágape* es un amor universal y desinteresado, no busca que se ame a los otros para el beneficio propio, aunque se trate solamente de volverse mejor. Es un sentimiento que desea perder esa mejoría proyectada en el horizonte e incluso la capacidad que se contempla en el tiempo presente. El amor *ágape* es una especie de distanciamiento con lo que uno es, y más que ello, es la voluntad de separarse del dinamismo actual en el que uno se encuentra. ¿Distanciarse, separarse del desarrollo genético y social alcanzado? Incluso, hasta el punto de que nuestra huella sea nuestra propia ausencia. André Comte-Sponville hace un interesante análisis del pensamiento de Simone Weil en cuanto a la forma como este amor es representado en Dios y, especialmente, en el momento de la creación. Así, la pregunta que enmarca su búsqueda consiste en reconocer por qué la Creación se dio constitutivamente a la voluntad de su Hacedor.

Ante la visión nietzscheana de que Dios crea el mundo producto de un sufrimiento e insatisfacción que lo llevaron de forma demente a apartar la mirada de sí y sentir nuevamente placer en el reconocimiento vital de todos los seres que empezaron a vivir gracias a su designio, Weil considera que la creación por parte de Dios no es un acto de propagarse más allá de sí, sino de renunciar a su máximo poder para dar cabida en el territorio de la existencia a nuevos seres que compartirían su lugar de privilegio, lo cual sería un acto de creación pero a su vez de desaparición. La manera como interpreta este movimiento es por medio de una locura de amor: Dios no quiere nada más, sino que los otros existan, aunque por ello tenga que prescindir de su identidad absoluta en el mundo: no quiere idolatrías porque desea ver a todos a la distancia ocupando el lugar que antes le pertenecía.

Este amor que se cumple al retirarse está reflejado, así mismo, en los versos de José Martí, pero antes de presentarlos se debe poner la mirada en la forma como Comte-Sponville asimila la visión de Simone Weil a través de una analogía con el amor de los padres hacia los hijos. En efecto, así como Dios se vuelve trozos pequeños con relación a la inmensidad que le pertenecía previo a la Creación de los seres humanos, el padre y la madre tienden a dispersar todo potencial personal a través de la formación de sus hijos especialmente en su época de niñez:

Los niños son como el agua –me decía un amigo–: ocupan siempre todo el espacio disponible. Pero Dios, no; de lo contrario, en Él sólo habría Dios y no habría

mundo. Pero los padres, no: a veces, no siempre (es necesario que ellos también protejan su espacio vital), pero más a menudo de lo que se cree, éstos se retiran, retroceden, no ocupan todo el espacio disponible, no ejercen todo el poder del que disponen. ¿Por qué? Por amor: para dejar más espacio, más poder, más libertad a sus hijos, y más cuanto más débiles, más desprovistos y más frágiles sean los hijos, para no impedirles existir, para no abrumarlos con su presencia, con su poder, con su amor... Pero esto no es aplicable sólo a los padres. ¿Quién no tiene cuidado con un recién nacido? ¿Quién no limita, ante él, su propia fuerza? ¿Quién no se prohíbe la violencia? ¿Quién no limita su poder? La debilidad manda. (Comte-Sponville, 2005, p. 283)

La palabra debilidad con la que finaliza esta cita termina siendo el sustantivo de mayor relevancia en cuanto su sentido se extiende en todo el conjunto. En efecto, aunque se tenga poder de mando, no se hace prácticamente nada para ordenar, o por lo menos ofrecer, una posibilidad de mando entre los demás. El valor de la generosidad brilla por sí mismo, y hay que recordar que al no hacerlo porque se consigue *dar*, entonces el ánimo se vuelve pleno; en consecuencia, la generosidad no implica el aumento de satisfacción personal, pues lo que se presenta es un vacío o una renuncia a lograrla. Es un amor bastante extraño, ya que en realidad la felicidad derivada de este se encuentra ligada a un retroceso de las aspiraciones y ambiciones. «La alegría está presente – pero en vacío–, pero atestiguada sobre todo por esta fuerza que no se ejerce, por esta retirada, por esta dulzura, por esta delicadeza, por esta potencia que parece vaciarse de sí misma» (Comte-Sponville, 2005, p. 284). Es una fuerza bella que se expresa en la negación de las posibilidades del hombre y la mujer para dar capacidad a que otros se afirmen, es dar para que los demás posean y vivir la sensación de extender al otro lo que se tenía. Incluso, este amor no se trataría propiamente de una *fuerza*, sino de su contrario, pues, de alguna manera, su representación está en la pérdida, en ser vencido, en la debilidad. Es un amor que nos hace renunciar a sí mismos y, por lo tanto, terminamos refugiados y escondidos de lo que podíamos llegar a ser. Es una forma, como lo dice el compositor colombiano Gustavo Gutiérrez Cabello, de atemperar el orgullo. En este mismo sentido Comte-Sponville mencionaba que es dulce, porque en realidad no hay un interés, un sacrificio por conseguir algo nuevo para la vida; su dulzura es el mismo retiro, y al hacerlo no se carece de nada aunque se renuncie a todo.

Ahora bien, el poema “Mi madre, –el débil resplandor te baña” muestra el motivo de renunciar a ser o lograr todas las posibilidades por el amor gratuito que se entrega sin extender influencia ni espera en quien lo recibe:

*Mi madre, –el débil resplandor te baña
De esta mísera luz con que me alumbro–
Y aquí desde mi lecho*

*Te miro, y no me extraña
Si tú vives en mí, que venga estrecho
A mi gigante corazón mi pecho!*

*El sueño esquivan ya los ojos míos,
Porque fueran, si al sueño se cerraran,
Ojos sin luz de Dios, ojos impíos.
Te miro, oh madre, y en la vida creol!
¿Cómo cerrar al plácido descanso
los agitados ojos, si te veo?*

[...]

*Y lenta, lentamente me moría:–
Yo no pensaba en ti –yo me olvidaba
De que eras sola tú la vida mía!*

[...]

*La luz alumbra ahora
Tus ojos, y me miras:
¡Cuán dulcemente me hablas! Me parece
que todo ríe plácido a mi lado,–
Y es que mi alma, si me miras, crece,
Y no hay nada después que me has mirado.*

*Huya el sueño de mí. ¡Cuán poco extraño
Las horas estas que al descanso robo!–
Oh! –Si siento la muerte
Es porque, muerto ya, no podré verte.
(Martí, 2001j, p. 26)*

El sentimiento que profesa a su madre radica en depositar inversamente el valor de la vida. No hay en apariencia real como un *yo* a quien confiar el amor que siente. Su madre, quien es la destinataria de este efecto amoroso, es la causa, o bien, la que corresponde al vacío que deja Martí en sí mismo al amarla. En una palabra, ella determina la propia nada que colinda en su pertenencia vital. Decir, por ejemplo: «si siento la muerte / es porque, muerto ya, no podré verte» (Martí, 2001j, p. 26), significa

que la vida no tiene sentido para él mientras no haya la posibilidad de brindarle a su ser querido toda su simpatía. Martí la necesita para vivir, es decir, requiere negarse él mismo para así sobrellevar su tiempo, que es el mismo tiempo en el que se afirma su mamá. En esta comprensión invertida de la vida puede llegar a establecerse que lo que él ama es su propia nada, su propia manera de descomponerse ante el amor que expresa. La comprensión invertida de la vida le permite crear al poeta otros mundos y otras salidas, y al filósofo crear otras posibilidades de ser que podrían radicarse en la nada, por ejemplo. El amor como fundamento de la vida, la vida como fundamento de ser, de un ser que se evidencia en el estar de los unos con los otros donde el corazón ratifica *lo que es*.

Dice el poeta en los siguientes versos: «¡cuán dulcemente me hablas! Me parece / que todo ríe plácido a mi lado» (Martí, 2001j, p. 26). A partir de aquí puede observarse lo condicionadas que se encuentran su espontaneidad y naturalidad a la subjetividad sensible de la persona que ama. En efecto, su sonrisa solamente desemboca en su rostro con las palabras dulces que ella pronuncia. Se restablece la distinción de su humanidad en la medida en que su madre ejerce sobre él los maravillosos encantos de su personalidad. Necesita de la máxima autolimitación para que su parte humana aflore, esto es, parece como si la muerte y la vida se hubieran cruzado y ahora se encontraran invertidas en su poesía. Así pues, Martí debe morir para poder liberarse y entrar en la vida, su nacimiento procede de la capacidad para rehusar su propia sensibilidad autónoma, heredada cuando nació biológicamente.

En el mismo poema, Martí permite reflejar la característica del amor creador propio del *ágape*, esta poesía dedicada a su madre se da en un momento donde ella ha fallecido: «[...] La sombra de tu imagen / cuando reposo baña mi cabeza [...] Una vida acabó...» (Martí, 2001j, p. 26). Por tanto, surge la imposibilidad que de parte suya pueda recibir alguna atención o beneficio, pues la difunta no tiene vista para mirar, ni manos para entregar. Sin embargo, como alcance de este amor, el poeta es capaz de crear en ella valores o aspectos que evidentemente no posee. Por ejemplo, cuando expresa: «mi madre, –el débil resplandor te baña / De esta mísera luz con que me alumbro» (Martí, 2001j, p. 26) hace referencia a que la iluminación que ella tiene no proviene de su posibilidad efectiva para irradiar, sino que si en este destino artístico que su hijo le prepara con sus escritos puede fulgurar alguna luz, es precisamente porque así lo dispone José Martí, de ahí que le manifieste tres versos adelante: *tú vives en mí*. El amor de *ágape* confiere valor, existencia y, en este sentido, una poesía que vivifique a la persona muerta es una manera que no comprueba que está con vida, sino que se la otorga: «¿cómo cerrar al plácido descanso / los agitados ojos, si te veo?» (Martí, 2001j, p. 26).

Por otra parte, este poema permite comprender otro tipo de amor que no corresponde con un elemento griego, pero que, en efecto, encuentra gran parte de su sentido en la expresión *ágape*. Actualmente, con la insistencia y perseverancia

del pensador que sólo obedece a su instinto y a su tierra materna, he fundado una filosofía que entiende de la belleza y del coraje de vivir a través de multitudinarios esfuerzos, de las promesas que se nombran una y otra vez para planear un destino por encima de la propia existencia, de la pasión y la convicción que cambia nuestra vida, porque nos incita a arriesgarlo todo, de la vida que se vive al máximo y, al hacerlo, alcanza y toca el cielo, pero aun así, prefiere disfrutar del largo viaje para llegar a él. Es una disposición filosófica bastante profunda, pues comprende una ligereza y una libertad del corazón para decidir la tranquilidad y la calma en vez de la tormenta y la desesperación, y así, conquistado el ánimo ligero, que es el pilar de todos los ánimos, se propone seguir luchando pero siempre eligiendo las batallas. Esta filosofía que acostumbra en los hombres y mujeres a encender la llama de sus ambiciones y sueños, la denominé la *estética de la fortaleza*.

Así pues, en este filosofar existe una manera de amar que también permite interpretar el horizonte de los poemas de José Martí; en efecto, para la fuerza estética la vida puede ser considerada como un ataque épico de amor: el arma es el amor y la vida es para amarla. Ivonne Sánchez, una estudiante que tuve hace unos años en el Colegio Calatrava, compartía unas líneas muy significativas para esta reflexión al decir que ante lo más difícil hay que volver y renacer como el fénix, y con el coraje del impaciente, superar la falta de respiración y la resequedad de los labios cuando se vive la sensación de una eterna pausa sobre la tristeza de algún recuerdo. Ante una dificultad se espera un ataque formidable para salir del cascarón que nos atrapa. Y aunque sea una utopía tonta salir de ahí y buscar de nuevo el amor al lado de quien queremos, esta ilusión no sólo nos hunde, sino también nos señala el camino de la lucha, ese que iluminará nuestra actitud imperial para seguir adelante y escribir versos con amor... como lo hace Martí. Por consiguiente, las experiencias nos hacen vivir y nos llenan de conocimiento. En realidad, como lo describía Ivonne, este es un sentimiento que a veces es un poco matador, que envenena cuando sobre él se escribe, pero también nos acerca a la verdadera fuerza, a comprender que se trata de amor del bueno, del que dura, del que nos hace terminar disfrutando de la tormenta pasada, del que nos incita con esfuerzo a vivir con más intensidad. El sentimiento sensual de la *estética de la fortaleza* eleva al hombre y a la mujer por encima de la tristeza y la felicidad, aun cuando esta última sea sumisa y tierna, no se cansa de elevarnos por encima de ambas. ¿Por arriba de las dos? Es una manera de arder y embellecer el tiempo nuestro, tal vez se torne difícil, pero nos hace comprender que el amor posee un insustituible escenario, ya que igual que la vida no da tregua y, por tanto, sin jamás rendirse, es el ataque épico de la grandeza de ser fuertes.

Ahora, dada una breve alusión a la *estética de la fortaleza*, es necesario plantear la idea del amor que existe en ella. Así, el amor que se refleja en esta filosofía consiste un poco, como se veía con *ágape*, en dar todo de sí a propósito de la ternura y el afecto que se derivan de los otros. En realidad, se despliega la máxima capacidad para *dar* dentro de un extraño y casi misterioso mecanismo humano, ya que de repente los

individuos por los cuales se lucha, se imaginan y se ven tan próximos y semejantes que da la sensación en el pecho de que se trata de uno mismo. El amor en esta estética es ganarse el derecho de luchar bien al lado de alguien más, luchar por esa persona. Cuando esto no ha pasado, para quienes interiorizan este filosofar, cuando solamente se han superado algunas dudas, cuando solo se desea vencer en los sentimientos y conseguir más confianza, aunque se haga lo mejor que se pueda, si no hemos comprendido este tipo de amor, entonces no es suficiente. En resumen, el amor es la verdadera razón para esforzarse. Debido a que no nos olvidamos de los que amamos es que creemos en el deber de dar la batalla hasta el final, puesto que los otros son la razón por la cual se lucha contra los aires contrarios y adversos del destino.

La gran distinción con el sentido del término *ágape* consiste en que el universo afectivo que nace en los otros y al cual se protege incluso con la vida misma, no se entrega o surge en cualquier individuo. En efecto, mientras que *ágape* sostiene que el amor que nos hace limitar para que los otros ocupen nuestro espacio, se entrega a individuos sin ningún mérito para recibirlo, como en el cristianismo que se dispone a amar inclusive a los enemigos; en la *estética de la fortaleza*, los otros, por los que igualmente se renuncia a todo para que ellos encuentren su motivo, son individuos con distinción y preferencia. Son generalmente hombres o mujeres que a través de un momento especial conquistaron nuestro corazón, sublimaron nuestra mente, se convirtieron en las mayores alegrías y nos hicieron sentir extremadamente seguros de estar con vida. Como continuidad de ese momento singular y cultivado gusto, surge un incomparable afecto por esos seres vivos, afecto que como nunca antes ni después, nos lleva a darlo todo por acuñar en ellos su alegría. De ahí otra diferencia con el amor *ágape*: este amor de la fuerza estética, mediante un componente difícil de explicar pero que se deja ver en la vida, nos hace superar los límites y, por ende, hacer cosas extraordinarias que no estaban en la imaginación que las podíamos lograr.

En suma, líneas atrás se mencionó que el poema “Mi madre, –el débil resplandor te baña”, reconocía un designio de amor de la fuerza estética: «y es que mi alma, si me miras, crece, / Y no hay nada después que me has mirado» (Martí, 2001j, p. 26). Este amor, que Martí le brinda a su madre, es causa precisamente de todo lo que ella significa para él. Incluso le hace rebosar el tamaño de su alma, hace que sea más grande, que crezca. Martí siente cómo aumenta la medida de su interior, es decir, de sus deseos, pensamientos y demás aperturas que el hombre asume desde adentro hacia fuera. Es tanta la emoción que experimenta con la mirada que ella le dirige, que no encuentra en todo el universo nada que se le parezca, nada digno de ser apreciado del mismo modo. Es más, pierde relevancia lo que puede seguir pasando luego de que lo haya visto. Esta pasión amorosa por la dueña del vientre del que nació, vivifica en el poeta un aire acometedor y lleno de optimismo para tomar la decisión de comprar el mundo. En el poema “Redención” es notable el vigor con el que le expresa su amor:

*De nuevo alzar el alma valerosa
Y del materno amor fortalecida
Brazo a brazo arranca a la rugosa
Muerte fatal el hijo de tu vida.*
(Martí, 2001n, p. 34)

Según esta apuesta hermenéutica que presento, es este amor el más confidencial de José Martí: el que lo impulsa en los montes a darse al máximo y, pese a la mortal tarea que se propone, lo motiva a superar sus miedos y a no darse por vencido. Su idea de enamorarse por sembrar pastos verdes en América, pensando siempre en los suyos, lo llevó a combatir con el pecho hirviendo y, así mismo, a escribir acerca de ese acalorado ánimo que se disolvía entre su cuerpo:

A solas con mi infernal amor me embebecía

[...]

*Y como el cuerpo del dolor vencido
Rápido surge de letal desmayo
Hijo del rayo al fin surgí atrevido
Y me sentí potente como el rayo,
Y al águila robé las fuertes alas
Y al viento su correr, y al sol sus galas,
Y al esfuerzo afanoso de mi vuelo
Dejé la tierra y me subí hasta el cielo.*

(Martí, 2001h, p. 30)

En un poema de extensión notable, denominado “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”, Martí relata todo el sentimiento que sus labios pronunciaron a través de dieciocho estrofas. Llamó *amados* a esos cadáveres y les pidió que a la distancia tocaran su corazón. Les brindó la posibilidad de que en vez de morir, gimieran un poco más, y que si lo optaban así, lo hicieran en sus oídos. ¿Por qué?, porque al escuchar esos gemidos se volverían como suyos: salidos de su propio dolor. También les pide que del lugar donde se encuentran le envíen el terror y el espanto, pues la lucha que mantiene es tan grande, que sus lágrimas son poco para todo lo que aún hay que zanjar. Ahora, debido a esas dolorosas muertes de los que más amaba, de sus hermanos, a Martí le alalta escribir estos efusivos versos:

*Y en llanto amargo prorrumpió mi hermano,
Y se abrazó llorando con mi amigo,
Y yo mi cuerpo alcé sobre una mano,
Viví en infierno bárbaro un instante,
Y amé y enloquecí, y os vi, y deshecho
En iras y en dolor, odié al tirano,
Y sentí tal poder y fuerza tanta
Que el corazón saltó del pecho,
Y lo exhalé en un ¡ay! Por la garganta.
(Martí, 2001a, p. 36)*

De esta manera, el amor visto desde la *estética de la fortaleza* permite comprender las horas de afecto que el lector consagra en la poesía de Martí, cuando insistentemente encuentra diversas menciones acerca de las ganas de vivir como sobre la fortaleza que siempre se representa en la belleza que aguarda la más dulce esperanza. De ahí que existan versos valientes como: «camina a su lado hasta que muera», «yo sé bien donde el sol nunca anochece», o «el amor es la excusa de la vida» (Martí, 2001f, p. 88). Una de las definiciones sobre la *estética de la fortaleza* que provoca cumplir con el destino personal, y además, incita a seguir la convicción que ni la muerte se interpondrá en el camino legendario, la he leído en la poesía de José Martí y, si es cierto que no pronuncia el vocablo amor, sin duda lo sentía al escribirla, pues se nota su corazón palpitante y su mano ardiente:

*[La cabeza] puede erguirse y se levanta fiera
sobre el cuello soberbio se alce erguida,
y sepan los cobardes la manera
de sacudir el polvo de la vida,
de oprimir con el pie la tierra hirviente,
de enjugarse las lágrimas del duelo,
mirar el sol, y detener al cielo,
y luchar con el cielo frente a frente.*

*La vida es un asalto: pues cautivo
Hoy o después he de vivir, la lucha
Ruda comience, y pues lo quieren –vivo!
Mas no a gemir ni a sollozar dispongo
Voz que me sirve para hablar al cielo:*

*Vivo, para trazar sobre la tierra
Huella soberbia que mis pasos grabé;
Para abatir y dominar grandezas,
Para labrar mi gloria con mis manos
Y convertir en rayos las tibiezas.*
(Martí, 2001o, p. 91)

Hasta este punto del escrito se ha intentado brindar una interpretación sobre una de las pasiones más impetuosas de la poesía de José Martí: la expresión del amor. En efecto, su fuego redentor de tierras americanas, el ardor en sus besos, la fuerza de su brazo, se hacen posibles en su propio andar por el amor que germina en él. Aunque Martí llamó inútil a la sangre vertida y a los dolores causados por la mujer querida, pues ellas hacen que el hombre deje de lado otras tareas de más urgencia social, sí dice «mujer, en vano que la vida encienda / la abrasadora lengua de los sabios / sin que este pobre corazón entienda / el lenguaje de amor vivo en tus labios», o bien: «la voz se oyó de la mujer amada, / Habló de amor con sus acentos suaves» (Martí, 2001c, p. 110); estos versos demuestran que pese a la poca importancia que brindaba a una relación de pareja, no ahorró fuerzas para expresar lo que sentía por la mujer.

Ahora bien, disponiendo la mirada en el lenguaje de los versos que embellecen el sonido y el paisaje de su poesía, José Martí nombra palabras como: sueños, flores, ardor, infierno, mundo. Así mismo, a causa del deseo de expresar la ansiedad profunda de sus sentimientos, se alza a un soberbio (amor propio) lenguaje que encadena términos metafísicos u ontológicos en el desarrollo de sus estrofas. ¿Expresiones metafísicas? Es el caso de la expresión «estrellas amorosas», que trasciende los límites de la percepción sensible de los seres humanos, pero que permite al sentimiento ahogado en la garganta poder salir y encontrarse con palabras de esmalte capaces de calmar la pasión con las que se quería pronunciar el amor que se siente. Otro ejemplo de su lenguaje de corte trascendente, es el término «ser», que si bien no tiene cabida en los oídos disciplinados del ambiente terrenal, sí puede servir como recurso para que el sentimiento vago y a la vez de espanto pueda asimilarse en una categoría del lenguaje. Dice Martí a su amada: «que mi ser vuestro espíritu recibe» (Martí, 2001a, p. 35).

La genealogía de la moral explica un poco más la situación del lenguaje de Martí. Nietzsche tiene claridad al afirmar que el «sustrato no existe; no hay ningún 'ser' detrás del hacer, del actuar, de devenir; el 'agente' ha sido ficticiamente añadido al hacer, el hacer es todo» (Nietzsche, 2009, p. 59). Esta duplicación que Nietzsche critica, refleja que las realidades indemostrables no hacen parte del flujo y el devenir por el que la especie humana se proyecta naturalmente en el mundo. Este pensamiento colinda con los versos del poeta cubano en amplio sentido. En realidad, el pensamiento de José Martí no se alinea para corroborar entidades trascendentes. ¿Entidades trascendentes?, sí, como las mencionadas estrellas amorosas, ser y espíritu. Así,

si bien es cierto que Martí no cree en estas, ni como existentes ni como objeto de estudio, las usa permanentemente para la elaboración de sus escritos.

De este modo, la apuesta hermenéutica que propongo sobre su estilo de escritura consiste en que cada uso de expresiones metafísicas se debe al arrebató, la indomable furia y el poder de su pujanza que sugieren la fuerza de su amor. Es tan abrasador el sentimiento que expone en sus poemas, que tiene la necesidad conceptual de hacerse a unas palabras que tengan la suerte de representar el entusiasmo de su pluma. «Amé y enloquecí», podrían ser las máximas que estipulan la agitación amorosa de su poesía. Por un lado ama, por otro enloquece al escribir, usando términos más allá de su propia batalla existencial: «Cuando el amor o el entusiasmo llora / Se siente a Dios, y se idolatra, y se ora; / ¡Cuando se llora como yo, se jura!» (Martí, 2001a, p. 37).

Por lo tanto, la lectura de su poesía es un encuentro con el amor real que sentía, de tal manera que los poemas que hablaban de su pérdida forma de amar, exigen de la extrema inspiración, el uso de expresiones poéticas con el instrumento de instantes metafísicos: «pues tu ser y mi ser tan juntos fueron» (Martí, 2001k, p. 53). Ovidio decía que los adornos nos seducen, incluso, que el amor se vale de la riqueza como de una égida que fascina nuestros ojos. De esta forma, Martí se vale de diversas expresiones para atraer con su poesía a los diferentes destinatarios. Un ejemplo del recurso de estas para acercarse a los hombres que puedan seguirlo en su batallar, se aprecia en el siguiente poema que ofrece seguir sus leyes de libertad:

*No tengo yo la ley de la medida
Ni las sendas hollé de la materia
Ni obedecí la historia empobrecida
Que hace del mundo miserable feria;
Pero siento otras leyes y otra vida
Y no es la ley de la vida la miseria!—
Ni enseño yo sentencia demostrada,
Ni exactas leyes de la ciencia enseño,
Mas huyo horrorizado de la nada
Y en la fe de otro ser asegurada
Las leyes dejo de este ser, y sueño;
Que tengo para mí que así soñando
Mientras otros de mí se van riendo,
Ellos detrás de mí se van quedando.*
(Martí, 2001g, p. 30)

A partir de una muestra de sinceridad acerca del poder que experimenta en el campo de sus luchas, el poeta acepta el límite de su batallar y confiesa no reconocer en qué

consiste la verdadera y absoluta ley que debe medir a todos los hombres. Pero luego de admitir su posición en la vida, entenece ante sí mismo, y con valor aclara que su condición restringida no es motivo suficiente para sentirse incapaz de seguir una ley que consideró la más valiosa: su gente, «mi cielo de América, lecho mío, orgullo mío» (Martí, 2001g, p. 312). Es más, traza con sus versos que las sendas de la humillación no fueron sus suelos, que la historia de la pobreza no contó nada acerca de sus aventuras, que la feria de la miseria que hay en el mundo no tocó su realidad.

Ahora bien, para ilustrar un poco más su ánimo en medio de palabras, y con el fin de precisar cuál es el sentido de *ley*, usa los términos *ser* y *nada*. El primero para referirse al conjunto de individuos que asimilarán su mensaje y lo conducirán en sus vidas de manera perdurable. El segundo, en cambio, trasluce su miedo: después de hablar nadie atiende lo que él preparó para su pueblo. Así, estos dos términos de corte metafísico los trae desde la perspectiva del lenguaje que desea depositar con palabras sugestivas tanto el grupo que lo aguarda como el que lo deja solo.

Cuando da su explicación acerca del dolor, del sufrimiento que padece cierta señora, Martí también utiliza expresiones que desbordan la experiencia humana con el propósito de consolar la melancolía de ella. Esta vez, se sirve de términos teológicos que brindan el entusiasmo en su oyente, de creer que su tormento tiene un sentido trascendente y, por ende, justificado; en efecto, confórtela confortación del poeta es expresada así:

*Cese, señora, el duelo en vuestro canto,
¿Qué fuera nuestra vida sin enojos?
¡Vivir es padecer! ¡Sufrir es santo!
¿Cómo fueran tan bellos nuestros ojos
Si alguna vez no los mojara el llanto?*

*Romped las cuerdas del amargo duelo.
Quien sufre como vos sufrís, señora:
Es más que una mujer, algo del cielo
Que de él huyó y entre nosotros mora.*
(Martí, 2001d, p. 32)

El sufrimiento es visto en este poema con orgullo, pues el duelo, los enojos y el padecimiento son interpretados como instantes de elevación. No se pierde de vista que el dolor causa llanto y amargura, pero Martí, hombre de predilección por lo momentos duros e ingratos de la vida, revierte un poco esta situación, manifestando con palabras superlativas el significado profundo que ocurre en este estado de dificultad. Así pues, ante la posibilidad de brindar un consejo que sirva de alivio y aliento a aquella *señora*,

se centra con propiedad en lo que está viviendo y no en el después de ese momento, es decir, sus palabras no huyen de la realidad, sino que se fijan en ella. No calma a su oyente proponiéndole mundos mejores que vendrán a redimirla, sino que le recuerda constantemente lo que está pasando en ese momento; pero la forma de referirse a su amarga experiencia es través de engrandecer (adornar al estilo, según Ovidio) ese complejo dolor que acompaña su tiempo. ¿Adornar el dolor?, sí, las palabras también cumplen con hacer fascinantes los instantes embarazosos. Por consiguiente, José Martí dice con palabras de origen místico que su sufrimiento es santo, que tiene algo del cielo, que la hace ser más que mujer.

Sus palabras de corte metafísico, ontológico y teológico son un canto de sirena que seduce en las profundidades del abismo de la realidad que experimentan los seres humanos. Ciertamente, en el poema “Redención” le habla a una mujer para que comprenda el valor del desconsuelo que ella le produce. Y allí cruza palabras de este tipo, que no quieren ser el maquillaje de una supuesta felicidad en medio del sufrimiento, sino que buscan explicar este último con otra perspectiva, y la razón de su uso es suscitar el encanto esperado para que sanen sus propias heridas. La presencia de los vocablos alma, ser, ángel, sangre, fuego redentor, que se muestran a continuación, busca en su poema generar una atracción que pueda atrapar a la mujer en cuestión, y con el sonido de su voz, ella entienda de su amor:

*Mujer, mujer, en vano es que la vida
Sin ti vertiendo sangre de dolores
Como una virgen pálida y herida
La tierra cruce deshojando flores.*

*Mujer, en vano que la vida encienda
La abrasadora lengua de los sabios
Sin que este pobre corazón entienda
El lenguaje de amor vivo en tus labios.
Ni ser sin ser, ni noche sin aurora
Ni joven corazón sin bien amada
Ni sin ángel el ánimo que llora
Ni sin amor el alma enamorada.*

*Mujeres son las lágrimas perdidas
De esas pobres estrellas amorosas
Que cruzan por el cielo de las vidas
Augurio y sombras de almas misteriosas.*

[...]

en tus labios la flor se abrió en un beso.

[...]

Y cuando el sol de iluminar cansado

Su frente oculta en el azul del cielo,–

La frente vi del hombre fatigado

Y ocultábase en ti, luz de consuelo–

Y cuando vi que el alma en las mujeres

Es un germen vivífico de flores,

Obra se abre germinando seres,

Ora se cierra en acallar dolores.

(Martí, 2001n, p. 34)

La mujer que se vislumbra en este poema es su madre. Ella, y su ausencia principalmente, es lo que vuelve vana la vida de Martí. ¿Vana?, en medio de la tristeza y la esperanza que genera escribir sobre uno de sus seres más queridos, emplea elementos del lenguaje con el propósito de transmitir el hondo sentimiento que experimenta en estas letras. Por ejemplo, la fusión de *sangre* y *dolores* en un solo nombre, tiene el sentido de trasladar la difícil sensación de su vida a un poema que se vale de palabras no explícitas en la realidad, pero que cumplen con el deseo de anclar en el papel la complicada suerte de ánimo que debe vivir. El lenguaje se sirve de expresiones ontológicas para significar qué sería su tiempo sin la compañía de esta mujer: «ni ser sin ser, ni noche sin aurora / ni joven corazón sin bien amada» (Martí, 2001n, p. 34). Prácticamente, sin la adorable mujer que lo parió, Martí no encuentra en los restos de la vida una comparación para sobrellevar su futuro. En realidad, sin el curso de su cuerpo a su lado, es como una nada eterna en una noche interminable, un joven corazón sin el sentido de la juventud. El desasosiego y el estancamiento del deseo de vivir se exponen a través de expresiones decoradas para sentir que el eco de su sonido se extiende más allá de su experiencia.

También, ejemplificar su momento pesadoso con unas estrellas amorosas es una forma de aprovechar la retórica para extender la locura de su temple anímico en la composición poética. Las mujeres, según lo manifiesta, son estrellas de amor y lágrimas perdidas que al cruzarse por el cielo reflejan verse como almas misteriosas. Estas expresiones le permiten al poeta encadenar su deseo. Y así como Molière no limita sus deseos cuando se trata de una victoria, Martí tampoco lo hace cuando escribe sus poemas. Se vale de cuanta palabra existe en su lenguaje –por ejemplo, la sombra del cielo– para sentir que en el papel quedó registrada la sensación de su

sentimiento. En efecto, los besos de su madre no atraían sólo el cariño y la ternura, producían algo más, que en la forma de expresarlo lo llamó *fuego redentor*.

El poema “Sin amores” asimila nuevos ideales de un canto que busca consignar por escrito sentimientos que provocan la necesidad y el deseo de adoptar términos ontológicos y metafísicos en la consumación de su expresión. A partir de un sentimiento en soledad donde el amor está ausente, el *alma sin besos* y el *sol sin esplendores*, Martí admite que su amor es tan poderoso que vislumbra en su experiencia la necesidad de un lenguaje sin límites para contar su experiencia: «Pero amo tanto / que, aún queriéndome tú, perdón si creo, / que un límite de amor no diera encanto / a la grave ambición de mi deseo» (Martí, 2001ñ, p. 54). Para Martí la experiencia de amar es tan grande que las palabras explícitas de lo real no le permiten sentirse tranquilo al compartir lo que siente. Necesita de destellos luminosos en estas mismas para comprender que vive en medio de sus dolores, anhelos y visiones.

*He sido. La memoria,
Dócil al fin una hora a la ventura,
Me dice los secretos de esa gloria
Un tiempo habida, eterna en cuento pura.*

*Eternidades tiene la Pureza:
Ella eterna, yo eterno, eterno todo,
Desde el rayo que enciendo en mi cabeza
Hasta el átomo mísero de lodo!*

*Buena senda, buen lecho, buena alfombra
De la vida el amor: ¡cuán bella sombra,
El sueño breve del amar de un día
Que muerto ya calienta todavía!
¡Oh, luz pura de amor, casta delicia
por mi pobre dolor tan bien gozada
que la pálida hoguera abandonada
Aún lanza, aún acaricia
De vida su postrera llamarada!
¡Oh, cuán triste verdad que en las memorias
fugaces del amor, –en que el olvido
con repugnante página de cieno*

*del pecho de la muerte recogido,
cierra tanta bellísimas historias
de cielo azul y resbalar sereno, –
entre tanto galán y tanto amante
es el dolor el único constante!
¡Ella y yo, ser y ser, ráfagas idas
de aquella luz más blanca que las nieves
que de la tierra vil compadecidas
llorando cubren las espaldas leves!
Ida! ¡la que amó tanto aquel destello
Del claro sol, que fecundó en su falda
Jardines que adornaron su cabello,
Uno cabe su seno, otro más bello
De flores de oro en su desnuda espalda!
Ida! En cuántos crepúsculos hermosos,
De gérmenes de amor llené sus labios
Más rojos que el coral. Y más sabrosos
Que las paces después de los agravios.
(Martí, 2001ñ, p. 56)*

La magia del lenguaje logra aquella mezcla de realidad e irrealidad. Es capaz de unir generosamente sentimientos que se viven en el cuerpo, con expresiones que no tienen constatación en la personalidad individual. En efecto, la *eternidad de la pureza*, que refiere el poeta, contiene al eterno Martí y a su eterna enamorada. Realmente, esta eternidad no se afirma viviendo, pero no por ello se subestima la capacidad seductora, la ensoñación estética con la que cuenta el lenguaje para decir las cosas que se viven en tono diferente, curioso, lleno de pasión, como si lo que se dijera estuviera repleto de acción. Por ejemplo, decir como el poema que esa pálida hoguera aún es llamada, demuestra que no se trata de un fuego de poco color o que tuviera la fuerza de un muerto ambulante; lo que se quiere precisar es que hay un estilo al hablar que puede ser metafísico, teológico, ontológico, imaginativo, y demás estados abstractos que superan la condición humana, pero que su búsqueda no consiste en reivindicar su existencia extraterrenal, sino servirse de estos para el duro combate de expresar lo que siente y piensa cuando la vida sucede mediante una fuerza renovadora.

La mujer amada que describe el poema posee unos labios más sabrosos que la paz al final de una guerra; esta absorción en el gusto que siente Martí hacia ella lo conduce, como lo he sostenido, a basarse en palabras filosóficas para llenarse de optimismo y orgullo en la creencia de que puede decir con el lenguaje la experiencia de amor que

contiene en su cuerpo. En los versos: «¡ella y yo, ser y ser, ráfagas idas / de aquella luz más blanca que las nieves / que de la tierra vil compadecidas / llorando cubren las espaldas leves!» (Martí, 2001ñ, p. 56), vuelve a usar el elemento *ser* para confundir los dos cuerpos en uno solo y tener la posibilidad alegre de afirmar poéticamente que él y ella se han encontrado en la voluntad de sus palabras escritas. ¿Consuelo metafísico? De ninguna manera, pues no se menciona este en un sentido estricto y pesado, sino siguiendo un reflejo bello del porte creativo que posee la poesía.

Así, revisando el lenguaje de porte celeste de la poesía de José Martí empiezo a dar término a este escrito. En efecto, hay una sucesión de escenas en la poesía de amor del autor que muestra cuánto cariño brindaba a escribir, a la dificultad, a sus tareas y especialmente a su familia. A sus padres, sus hermanas, y aun a las mujeres que se adueñaron en algún momento de su adoración, el poeta siempre dedicó estas palabras: «A saciarnos de amor nos desafía». Vimos, igualmente, cómo los elementos griegos que han servido de pilares en la comprensión del amor podían estar inmersos en la interpretación de su poesía; cómo la breve alusión a la *estética de la fortaleza*, que estamos levantando con corazón de artistas, ofreció una forma de acercarse a versos amorosos y entenderlos más allá de la tradición griega. Finalmente, observamos que en el espíritu de su amor hay un lenguaje con acentos trascendentes, que aumentan el gozo del poeta al escribir, ya que puede valerse de expresiones metafísicas, ontológicas y teológicas para exclamar las mágicas vivencias de su vida en batalla y en modo artístico.

Esta aproximación a los montes sagrados de su poesía permite entender un poco más el valor, el trabajo y el coraje de su escrito *Nuestra América*, con ese toque de gentileza por la tierra y con la simpatía de los latinoamericanos. En un poema titulado “A Rosario Acuña”, Martí se niega a saber qué puede ofrecer un mañana lejos de su compromiso personal, y más que voz acalorada, su poesía parece un canto que estalla de convicción:

*No hay gloria, ni hay pasión; el mismo cielo,
La libertad espléndida es mentira
Si se la goza en extranjero suelo,
Y con aire prestado
Y llanto avergonzado,
Huésped se llora, y siervo se respira!*

[...]

Canto de amor...

[...]

*¡Arroje de su frente,
porque no es suyo, nuestro sol ardiente!* (Martí, 2001b, p. 111)

Así mismo, la obra artística de Martí se refleja en medio de su profundo amor al ideal latinoamericano de una tierra cuyo nuevo fulgor consista en un inmenso sol que dore sus arenas; si bien mencioné al principio de este escrito que no está a mi cargo evaluar este objeto de algunos de sus textos, sí debo decir que este ideal genera forma, ánimo, belleza y espanto en el poeta. La fuerza de su amor consiste en una decidida expresión valerosa: «déjenmelo a mí». Su trabajo se toma en el ahora mismo donde la obligación y la responsabilidad se plantean honestas. Por consiguiente, se trata de un amor que ampara su vida como solitario y como batallador. ¿Ampara su vida?, sí, pues lo albergó en cada lucha que sostuvo: nunca peleó con razón de muerte, sino para inspirar más vida:

*Pues a vivir venimos –y es la ofrenda
Esta existencia que los hombres hacen
A su final pureza –aunque el veneno
De un cruel amor la ardiente sangre encienda,
–Aunque a indómita arnés echemos
de ricas piedras persas recamado,–
–Aunque de daga aguda el pecho sea
con herida perenne traspasado–
vengan daga, y corcel, y amor que mate:–
eso es al fin vivir!–. (Martí, 2001m, p. 128)*

Por ende, recordando *Zaratustra* de Nietzsche, el amor saca a la luz las cualidades nobles y ocultas del amante; en el caso de Martí, este sentimiento hace reconocer en él la obra vivida y expresada en estas poesías: «la obra –delante, y el amor, adentro:– / Y el amor, remolino avaricioso» (Martí, 2001l, p. 128). La pasión dominante de los escritos que presenté es esa variedad activa de los efectos que ha generado en su vida este reconocido sentimiento. Y es que la imprenta misteriosa que carga de emocionalidad en el lector de sus poemas es, precisamente, en palabras suyas: «cuando el amor se reproduce inmenso».

Referencias bibliográficas

- Comte-Sponville, A. (2005). *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Barcelona, España: Paidós.
- Ferry, L. (2013). *Sobre el amor. Una filosofía para el siglo XXI*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Martí, J. (1985a). “A Fermín Valdés Domínguez”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985b). “A la madre. Mayo 15 de 1894”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985c). “A la madre. Montecristi, 25 marzo, 1895”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985d). “A María Mantilla”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (2001a). “A mis hermanos muertos el 27 de noviembre”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (1985e). “A su hermana Amelia”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (2001b). “A Rosario Acuña”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001c). “Aves inquietas”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001d). [Cese, señora, el duelo...]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001e). [¡Dolor! ¡Dolor! Eterna vida mía]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001f). “Flor blanca”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (1985f). “Flores del destierro”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (2001g). [Fragmento]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001h). [¡Las campanas! Su fúnebre sonido]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001i). “Linda hermanita mía”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2005). “Los Códigos Nuevos”. *Nuestra América*. República Bolivariana de Venezuela: Fundación Biblioteca de Ayacucho.
- Martí, J. (2001j). [Mi madre, –el débil resplandor te baña]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001k). [Ni la enamoro yo para esta vida]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001l). “Obra y amor”. *Poesía completa*. La Habana, Cuba: Letras cubanas.
- Martí, J. (2001m). [Pues a vivir venimos]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001n). [Redención]. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001ñ). “Sin amores”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (1985g). “Versos libres. Mis versos”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985h). “Versos libres. Yugo y estrella”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.

- Martí, J. (1985i). “Versos sencillos”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985j). “Versos sencillos, I”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985k). “Versos sencillos, III”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985l). “Versos sencillos, V”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985m). “Versos sencillos, XXXIV”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (1985n). “Versos sencillos, XXXVI”. *José Martí. Páginas escogidas II*. La Habana, Cuba: Ciencias Sociales.
- Martí, J. (2001o). “Vida”. *Poesía Completa*. La Habana, Cuba: Letras Cubanas.
- Martí, J. (2001p). “Zenea”. *Poesía Completa*. La Habana: Letras Cubanas.
- Nietzsche, F. (2008). *Así habló Zaratustra*. Madrid, España: Alianza.
- Nietzsche, F. (2011). *La Ciencia Jovial*. Madrid, España: Gredos.